



Gustavo Adolfo Bécquer

Circo de Madrid

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gustavo Adolfo Bécquer

Circo de Madrid

Decoración y escena del primer acto de Mignon

No es preciso ser muy viejos para recordar la época en que nuestros teatros no tenían por todo recurso de aparato escénico más que la consabida baraja de decoraciones de palacio, calle corta, casa pobre y selva, con tres o cuatro trastos sueltos para transformaciones tan inocentes como la de La pata de cabra o Los polvos de la madre Celestina. Sobre este obligado fondo habían de destacarse las figuras de los actores, cuyo exiguo guardarropa inventarió con tanta gracia el inimitable Fígaro en uno de sus mejores artículos.

Cierto es que con tan pobres recursos todavía encontraba el arte medios suficientes para cautivar al auditorio, y los tiempos de Máiquez, Latorre y Romea serán siempre memorables para los amantes de la escena española. ¿Pero qué mucho que la musa trágica y cómica se dignaran descender al templo donde se les rendía culto con fe, ya que no con ostentoso aparato, si sobre cuatro tablas y al aire libre nació el teatro de Lope y Calderón y las tragedias de Shakespeare se representaron teniendo que decir en un cartel al comenzar cada uno de sus actos: «Este es el foro de Roma, el castillo de Ellingor o una plaza de Venecia»? Lo que faltaba al artificio escénico lo suplían la potencia de la creación, el talento de los intérpretes y el entusiasmo del público.

Al llegar a un período de decadencia para el teatro, y no local, sino que en mayor o menor escala se advierte en toda Europa, lo accesorio se ha sobrepuesto a lo substancial, y las otras artes que sólo debían concurrir como auxiliares a realzar la concepción del poeta, procuran vestir de hermosas apariencias el esqueleto de las modernas producciones. Algo es algo. En Francia, muy particularmente, alcanzan gran éxito, y no sin razón, obras cuyo principal mérito consiste en la profusión y bondad de las decoraciones, la propiedad y el lujo de los trajes y el número y la belleza de las figurantas. Ni tampoco en los teatros de Alemania e Inglaterra, donde poco notable se produce actualmente, desdeñan estos poderosos recursos para atraer la multitud y conquistar su favor.

En nuestro país, después de flotar algún tiempo en el limbo; después de componernos del mejor modo que nos ha sido posible para tener teatro, resolviendo el difícil problema de interesar al público, sin obras de importancia, sin actores notables y sin aparato escénico, comenzamos a

sentirnos arrastrados por la corriente general, exigiendo también que al menos, ya que no nos hablen al corazón, nos hablen a los ojos. Algo es algo, dijimos más arriba, al apuntar ligeramente el carácter del movimiento que se observa en la escena de otras naciones. Y, en efecto, por todos los sentidos se llega a la inteligencia; una obra artísticamente decorada y vestida con la propiedad y el lujo de detalles propios de un lugar o una época precisa, es casi una lección de historia, de arqueología e indumentaria. Además, el espectáculo de lo bello en cualquier forma que se presente levanta la mente a nobles aspiraciones. Yo, que profeso esta teoría, creo de todas veras que una mujer hermosa civiliza tanto como un libro. Sin querer, al contemplarla se buscan sus afinidades y se encuentra al cabo que la virtud es, en el orden moral, lo que en el físico la hermosura. Justo es, por lo tanto, que, procuremos animar a las Empresas, que comienzan a considerar las especulaciones teatrales bajo este punto de vista.

Al hacerse la revolución en el sentido indicado, el teatro de la Ópera italiana rompió la marcha. Todavía nuestra escena nacional se mantenía firme en sus trece de la selva, con follaje de verde, de ventanas de casa pobre, con la consabida estampa pegada a la pared, y sus aristócratas invitados a los grandes bailes con guantes blancos de hilo y manos que recordaban los que abren las portezuelas de los coches, cuando ya las obras de algunos maestros inmortales se habían visto exornadas de grande aparato en el coliseo de la plaza de Oriente. Aún después de haber perdido el nombre, nuestros clásicos corrales de las comedias se han resistido heroicamente a perder los hábitos y la hechura. Poco a poco las exigencias del público, la iniciativa de algunos inteligentes actores y las condiciones de artistas que realmente conocen el arte en cuanto se relaciona con la pintura escénica, han cambiado la fisonomía de nuestros teatros, ya exornando la sala con adornos y techos de color y gusto, en armonía con su destino, ya dando nuevo interés a la escena, merced a las decoraciones, la propiedad y la elegancia en los trajes, y el escrupuloso estudio de los accesorios.

Larga tarea sería el enumerar cuanto se ha hecho en este camino, con más o menos resultado; hoy se cumple a mi propósito, decir algunas palabras acerca del nuevo teatro establecido en el Circo de Madrid, cuyo activo e inteligente empresario y dueño, así sabe presentarlo al público como brillante hipódromo, como salón de conciertos o, finalmente, transformado en elegante y fresco teatro de verano, destinado a dar a conocer al público de Madrid las mejores producciones de la ópera cómica francesa, exornadas con el aparato y el lujo que son en París uno de sus rasgos más característicos.

Secundado en esta empresa por los pintores escenógrafos señores Ferri y Busato, cuyas obras se han aplaudido ya tantas veces, y habiendo tomado a su cargo la parte de composición y figuras que exornan la sala un artista tan reputado e inteligente como el señor Vallejo, no hay para qué decir que el señor Rivas ha conseguido lo que deseaba.

Los críticos musicales podrán discutir acerca del mérito respectivo de los cantantes que forman la compañía; el público podrá dividirse en encontrados pareceres sobre la oportunidad de este o aquel género importado de la nación vecina; pero todos convendrán en aplaudir el

esfuerzo hecho para presentar la ópera francesa en condiciones dignas de un público ilustrado y de buen gusto, admirando muy particularmente la decoraciones que en La bella Elena, Los Mosqueteros de la Reina y últimamente en Mignon, hubieran bastado a conquistarle al señor Ferri un alto puesto entre los pintores escenógrafos de primera línea, si ya no se le hubieran alcanzado las muestras de fecundidad y talento que ha dado en obras anteriores.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

